

81: Buenos días, Nueva Roma - La Carrera Perfecta

Acariciando las orejas de Eugène-Henry, Ryan ensayaba mentalmente su discurso de villano. Se había puesto la gorra de guerra y se preparaba para la batalla.

Desde que Frank y el Mosquito mejorado eran demasiado grandes para la furgoneta presidencial, el grupo optó por cambiar a una camioneta negra ligera y colocar a los más pesados en la parte trasera. Tea conducía con un capucho de bandido cubriéndole el rostro, lo que hacía que el androide pareciera un secuestrador. Sarin se sentaba adelante, mientras Ryan reservaba la segunda fila para él.

“Ah,” dijo la Muñeca mientras miraba por el camino. “Siento nostalgia. Me recuerda a las veces que salíamos a picnic fuera de la granja.”

“Excepto con más caos,” añadió Ryan, con su gato maullando en su regazo. “Y daños a la propiedad.”

“Esto mejor valdrá la pena,” dijo Sarin mientras escribía en una tableta. “Incluso con el búnker bajo nuestro control, estamos enfrentándonos a Dynamis. El gobierno.”

“No, estamos devolviendo a las grandes empresas a su lugar,” respondió Ryan. “Si mi plan funciona, y seguro que funcionará, Dynamis estará demasiado ocupada destruyéndose para atacarnos. Además, el ultimátum de Hector termina hoy. O nos dejamos, o él lo hace.”

“Sí, sí, lo entiendo.” Su segunda al mando hizo una breve pausa, mirando la carretera. “Ryan, esa cosa tan horrible en el video... ¿está en todos nosotros?”

“En todos los que tomaron el Elixir Falso.” Lo cual, según sus cálculos, cubría a alrededor del diez por ciento de la población de Nueva Roma. Los falsificados eran costosos, pero no tanto como una casa, y tanto Dynamis como Augusto usaban extensamente la sustancia para fortalecer sus fuerzas.

Uno de cada diez personas que cruzaban en la calle podía convertirse en un clon de la corriente sanguínea en cualquier momento.

“Así que casi toda la banda,” dijo Sarin. “Quien pensó que era buena idea merece que le disparen.”

“Las compañías tabacaleras matan a la mitad de sus clientes,” replicó Ryan. Conociendo a Darth Manada, probablemente pensaba que el margen de beneficio valía el riesgo.

“No pueden salirse con la suya,” argumentó Tea. “Eso es monstruoso.”

“De acuerdo.” Sarin asintió con firmeza. “Y además, se negaron a pagarnos después de todos los riesgos que asumimos luchando contra Augusto. La dulce venganza es nuestra.”

“¿Sarin, cariño, los videos están listos?” preguntó Ryan.

“Sí, pero probablemente Dynamis los eliminará en unos minutos. Controlan la Dynanet y las ondas aéreas.”

“La mayoría, pero no todos,” dijo Ryan mientras la camioneta se detenía para recoger al último miembro del equipo. Ella abrió la puerta del lado izquierdo del mensajero y se acomodó dentro del vehículo.

Para su primera aparición como villana, Livia eligió algo simple pero elegante: un vestido negro de descanso con una camisa roja y una corbata a juego, junto con un casco inspirado en Daft Punk con el mismo esquema de colores. El atuendo, aunque no podía esconder sus curvas femeninas, le confería un aspecto andrógino y con estilo.

“Damas y caballeros,” presentó Ryan a su nueva aliada. “Les presento a la única e inigualable Primera Dama de nuestro régimen presidencial, ¡Reina Carmesí!”

“Saludos,” se presentó tímidamente Livia ante el grupo. “Me... me honra conocerlos a todos.”

“¡Bienvenida, soy la Muñeca!” se presentó Tea con calidez, mientras Sarin hizo un gruñido.

“¡Vamos a divertirnos mucho, ya verán!”

La androide parecía inquietantemente entusiasta por participar en una empresa criminal.

“Señor Presidente.” Ryan giró la cabeza, Frank mirando por la ventana que separaba los asientos de la camioneta de carga. “¿Eres mormón?”

“No, aunque probablemente tendré que llamarme dios en algún momento.” No podía acabar una misión de villano sin un par de discursos megalomaníacos. “¿Por qué esa pregunta, Agente Frank?”

“¿Tienes a las nuevas y antiguas Primeras Damas en el mismo coche?” explicó el gigante. “¿A menos que una de ellas sea una becaria?”

“Yo solo tengo una esposa, Agente Frank,” dijo Ryan, mirando a los ojos del gigante. “Y su nombre... ¡es AMÉRICA!”

Bueno, el mensajero alguna vez tuvo una etapa de estrella de rock con toda la bohemia que eso implicaba. Al final del ciclo, tenía tantas seguidoras que no recordaba a la mitad de ellas y ya no podía caminar en línea recta. Sin embargo, la novedad del sexo sin sentido se había desgastado rápidamente. Ryan prefería una relación exclusiva, íntima, con una sola persona; algo con una conexión más profunda que un simple deseo superficial.

Buscaba una alma gemela.

"¿El Underdiver no nos acompañará?" preguntó Livia, algo curiosa.

El ánimo de Ryan se oscureció de inmediato. "No, no lo hará."

Tras el desastroso test de Copia, Shortie se había encerrado en su habitación y se rehusaba a salir. No permitía que nadie entrara, ni siquiera Ryan o Sarah. Aunque el Genio amaba a su padre, al final esa relación era una herida abierta que nunca sanó. Todo el avance que había logrado en el último ciclo parecía haberse borrado por el miedo y el dolor.

Y Ryan sólo podía ayudarla si ella se lo permitía.

"Lo siento... lo siento mucho," dijo Livia, percibiendo su malestar. "No quería..."

"¡Reina, me encanta tu disfraz!" exclamó Tea desde la cabina delantera, intentando encauzar la conversación hacia temas menos incómodos. "¡Sobre todo el estilo techno francés!"

"Oh, gracias." Livia unió sus manos enguantadas, y aunque Ryan no podía ver su rostro bajo el casco, habría apostado que se mostraba avergonzada. "¿Y a ti también te gusta, Quicksave?"

"No puedo desacreditar a nadie que lleve un traje Dior," garantizó Ryan a Livia, Eugène-Henry desplazándose de su regazo a la princesa Augusti. "Mira, incluso mi gato aprueba. Solo acepta lo mejor."

"¿Es prudente que lo traigas contigo?" preguntó Livia, acariciando al felino mientras la furgoneta avanzaba hacia Dynamis' Star Studios. "Sé que los gatos tienen nueve vidas, pero estará en medio de una zona de guerra."

"Te aseguro que todo ocurrirá exactamente como he previsto," afirmó Ryan con tono ominoso, antes de entregarle los puños Fisty Brothers para que los llevara. "Póntelos, por favor."

"¿Guanteletes?" preguntó Livia. "¿Para qué sirven?"

"Para convertir a la gente en donas," respondió el mensajero antes de mirar la hora. "Según nuestro horario, nos queda aproximadamente una hora antes de que Vestuario y los demás hagan sus cameos. Llegaremos justo a tiempo para las noticias de la mañana."

Pronto, la furgoneta alcanzó los límites de Dynamis' Star Studios. El parque ya bullía de actividad, con una multitud de técnicos y becarios desplazándose hacia la cafetería para tomar su café matutino. Dos guardias controlaban con pereza los autos que intentaban pasar por el puesto de seguridad, ninguno vestía armadura de poder. Como Ryan había aprendido en sus visitas anteriores, Dynamis no esperaba que alguien intentara atacar el lugar.

"¿Todos abrochados?" preguntó Tea, con las manos tensas en el volante al acercarse al puesto de control. "¿Ryan, sutil o ruidoso?"

"Ruidoso."

¿Eso incluso era una pregunta?

La Muñeca pisó el acelerador, y la camioneta avanzó a toda velocidad hacia el puesto de control, como un toro hacia el matador. Los guardias saltaron del camino para esquivar, mientras el vehículo de la banda Meta atravesaba la barrera de seguridad. El coche continuó su trayecto por el estacionamiento a toda velocidad, hasta detenerse bruscamente frente a un almacén.

Los técnicos observaron, atónitos, cómo la tripulación de supervillanos salía del coche. Ryan sostenía a Eugène-Henry en las manos, Livia luchaba por colocar los Fisty sobre sus guantes, la Muñeca abría el contenedor del camión para liberar a sus pasajeros, y Sarin desataba una poderosa onda de choque al cielo.

Esta vez, el personal de los Estudios finalmente comprendió el peligro y huyó en pánico.

—¡Por fin afuera!—exclamó Mosquito al salir del contenedor del camión junto a Frank. Habiendo consumido en exceso sangre repleta de nutrientes, el hombre-insecto casi había doblado su tamaño. La carne carmesí bajo su exoesqueleto se había tornado verde, y sus músculos se hinchaban hasta volverse casi grotescos. Ryan pensó que debería cambiar su nombre a Carne de Ternera. —Esta es la última vez que comparto un paseo contigo, Frank.

—Mosquito, querido, tú proteges el auto, vigilas el área y alertas si alguien intenta volar cerca—, dijo Ryan. La Muñeca tomó un lanzacohetes escondido debajo de los asientos y cerró el camión. —Es hora de deslumbrar a Nueva Roma.

Sarin explotó la entrada del almacén con una onda de choque, mientras Carne de Ternera levantaba vuelo y corría en círculos sobre el estudio. Ryan entró primero por el agujero, como un jefe, mientras sus secuaces seguían en orden riguroso.

El grupo ingresó en un vestíbulo de recepción, ignorando a las secretarias, pasantes y trabajadores aterrados que no se atrevían a detener su avance. La mayoría de los guardias de seguridad no estaban lo suficientemente pagados para enfrentarse a un grupo de Genomas, pero uno sí se atrevió a amenazar a Ryan con un arma. El mensajero congeló el tiempo y lo desarmó con una sola mano, usando la otra para llevar a su gato.

Finalmente, Ryan llegó a una puerta protegida por una cerradura con tarjeta de acceso, en la que leían las palabras "Estudio de Noticias". —¿Agente Frank? —preguntó el presidente a su fiel guardaespaldas—. Abre la puerta.

El gigante de hierro miró rápidamente a su alrededor y pronto detectó a un técnico aterrorizado con una tarjeta alrededor del cuello; Ryan lo identificó rápidamente como Kevin, uno de los guionistas que trabajaban en la película del Panda en el ciclo anterior. El hombre había quedado paralizado, sosteniendo una taza de café humeante en su mano.

Frank levantó al guionista por los pantalones, derramando el café por el suelo, y lo colgó frente a la cerradura como si fuera un juguete. La puerta se abrió al registrar la tarjeta de acceso.

—Adelante, señor presidente—, dijo el gigante mientras dejaba caer a su víctima en el suelo. Del manchado marrón en sus pantalones, el guionista se había ensuciado.

—Gracias—, afirmó Ryan mientras atravesaba la puerta abierta, solo para que Frank atravesara las paredes alrededor como si fueran de aire al seguirlo. Cada uno con su propia manera de entrar.

El set de noticias de Nueva Roma era una habitación circular amplia, del tamaño de un apartamento, con la mitad de las paredes cubierta por una pantalla 3D de gran tamaño. Un escritorio de noticias muy iluminado enfrentaba a dos cámaras, mientras una horda de esclavos mal pagados permanecía en la oscuridad eterna. Sentado en una silla de cuero, un apuesto presentador de cabello castaño estaba listo para transmitir el noticiero matutino cuando la Meta-Banda invadió el set.

—¡Todos, manos detrás de la cabeza!—gruñó Sarin con rabia, mientras Tea amenazaba al personal con su lanzacohetes. Los gritos de miedo no duraron mucho, siendo reemplazados por un silencio temeroso mientras Frank y la Muñeca acorralaban a media docena de técnicos en una esquina. Los camarógrafos continuaron con su trabajo bajo la vigilancia de Sarin.

—Juro que todo estará bien si no resisten—, prometió la Muñeca a los rehenes, aunque también los amenazaba con su lanzacohetes. —No queremos hacer daño a nadie.

—Son nuestros rehenes, no los consuelen—, dijo Sarin mientras conectaba su tableta a un dispositivo de grabación. Livia permanecía en segundo plano, demasiado nerviosa para decir algo. La princesa de los Augusti no tenía mucha experiencia en trabajo de campo.

Ryan se acercó tranquilamente al presentador y le amenazó en silencio su espacio vital. El hombre se levantó de su asiento sin decir una palabra y se unió a los demás rehenes, dejando libre al mensajero para ocupar la silla. Eugène-Henry maulló en su regazo, mirando a las cámaras como una diva peluda.

—¿Pareceré lo suficientemente imponente?—preguntó Ryan a Livia, mientras ajustaba su traje.

—Si pudieras levantar un poco tu sombrero, sería perfecto.—le aconsejó ella.

Ryan siguió su consejo y se dejó envolver por los reflectores.

—Estamos en directo, jefe—dijo Sarin, obligando a un camarógrafo a enfocar la máscara de Ryan.

El presidente observó en silencio a los técnicos, notando a una joven con cabello castaño y acné.
—¿Eres pasante?—le preguntó.

—Sí, sí, señor—respondió ella ligeramente nerviosa.

—Tráeme un café. Con leche y azúcar—ordenó Ryan. La joven salió rápidamente a cumplir su encargo, aunque Ryan no estaba seguro de que regresara.

A fin de cuentas, el mensajero acariciaba las orejas de su gato y se dirigía a la cámara:—¡Buenos días, América! Aunque es triste que no puedan escuchar el pronóstico del tiempo—advertencia de spoiler, vayan a la playa hoy—¡oh, pero verán algo mucho mejor! Soy el Sr. Presidente, y este es mi mensaje.

Nació para esto.

—Soy Ryan Romano. Líder del mundo libre, conquistador de Mónaco y presidente electo democráticamente de la Meta-Gang. Sí, esa misma banda psico que tomó control de ese barrio del norte—concluyó—. Actualmente tenemos como rehenes a los trabajadores de Star Studios hasta que se cumplan nuestras demandas. No intenten interrumpir la transmisión—porque si alguien lo hace...

Ryán colocó su mini bomba atómica sobre el escritorio de noticias.

—La llamo la edición especial de Corea del Norte—explicó en términos sencillos—. Usando tecnología Genuis, altamente sofisticada, que a ustedes les sería casi incomprensible, este dispositivo puede inducir una detonación termonuclear que devastará toda la ciudad. Si fuera ustedes, preparen sus cosas y procuren salir hacia Milán.

Ryan apenas podía distinguir los rostros de los rehenes, debido a las luces que le apuntaban, pero escuchó algunos exhalar con shock.

¿Quién sería lo suficientemente desesperado como para ir a Milán?

La pasante regresó con el café y lo colocó en el borde del escritorio, lo más lejos posible de Ryan.—Gracias, esclavo—dijo el presidente—. Serás perdonada.

—¿Puedo irme ya?—preguntó la pasante, sudando profusamente.

—Puedes dirigirte a la fotocopidora—rompió sus esperanzas de una vida mejor Ryan—, y ahora, vuelve la vista a la cámara. Notó a Livia empujando a la pasante hacia los otros rehenes, pero no le prestó mucha atención.—Quizá te preguntes por qué sucede esto, así que preparamos un cortometraje—anunció.

La pantalla detrás de su escritorio mostraba su grabación con Héctor Manada.

Por supuesto, el mensajero había editado el video para que durara cinco minutos, pero esas eran las reglas del periodismo sensacionalista. Es probable que algún día lance una versión extendida.

—No más clones—la voz de Héctor Manada resonó tras Ryan—. Mi acuerdo era con tus predecesores, y su desaparición cambiará todo.

—Por supuesto, podemos continuar donde ellos dejaron—respondió Ryan.

—Tus personas no cumplieron, ¿por qué debería honrar mi parte del trato?—replicó Héctor.

—Entonces, revelaré qué contienen tus clones. Estoy seguro de que a tu gente le encantará comprar un Psycho en una lata—amenazó Ryan.

—¿Tienes alguna prueba?—preguntó Héctor.

El video cambió a la prueba desastrosa de Elixir, donde la horrible esencia de Bloodstream convertía la bebida de lujo en un vómito que chillaba. Livia lanzaba un grito de horror ante la escena, mientras los rehenes susurraban entre ellos.

—Están borrando el video casi al instante en que lo subo a la web—dijo Sarin, tecleando en su tableta—, pero sigue registrando miles de vistas cada vez que lo subo.

El presidente asintió, consciente de que una vez algo se subiera a internet, quedaría allí para siempre. “Personalmente realizaré una versión teatral para niños, y como no creo en los efectos por computadora...”

Ryan colocó tres figuras de plastilina sobre el escritorio, representando a Héctor Manada, Augusto y Big Fat Adam.

“¡Saluden a la animación en stop motion!”

Un silencio incómodo se hizo con gusto. Público difícil.

Ryan, con vasta experiencia en este tipo de actuaciones, tomó la voz en off. “¡Hola, soy Mob Zeus!” levantó la figura de Augusto, imitando su mejor imitación del tirano. “¡Y SOY MALVADO!”

Livia soltó una carcajada, mientras Eugène-Henry saltaba del regazo de Ryan y aterrizaba en el escritorio. El gato empezó a jugar con la bomba atómica como si fuera un ovillo de hilo, causando horror en todos, y Ryan interrumpió brevemente su actuación para echar un vistazo a su mascota.

“Buen gatito,” dijo, rascándole la espalda a Eugène-Henry y alimentando sus lágrimas de desesperación de la audiencia. “¿Te gusta mi bomba atómica, eh? ¿Te gusta, eh?”

El gato maulló en respuesta, y Ryan volvió a su show.

“Soy Héctor, y ¡tanto envidia a Augusto! ¡Brilla demasiado!” El mensajero manipulaba la figura de Manada, luego pasaba a la de Adam. Cada vez imitaba la voz original. “¡Soy Adam! ¡Estoy tan gordo que la última vez que usé una balanza, emitió gemidos mortales! ¡Quiero ayudar, pero soy pobre!”

“¡Toma mi dinero, amigable ballena! ¡Te lo suplico!” respondió ‘Héctor’. Nadie se rió del espectáculo, todos concentrados en Eugène-Henry en su lugar. Para entonces, el gato hacía rodar la bomba atómica cerca de la taza de café del interno, mostrando su trasero regio a la cámara.

Ryan colocó una cuarta figura sobre el escritorio, representando a Psyspy. Sostenía un cuchillo de arcilla sobredimensionado en su tentáculo. “Soy Psyshock,” expresó el presidente con voz de secuestrador cerebral, moviendo la figura detrás de Adam, “¡y soy un traidor!”

“¡Señor presidente, vuelva la cara!” gritó Frank, enpánico, al recordar el asesinato de su anterior cargo. “¡Vuelva la cara!”

La figura de Psyshock apuñaló a Adam por la espalda, haciendo que el loco colapsara. Todo el edificio tembló, mientras Frank golpeaba el suelo con dolor.

“Y aquí es donde entro yo, ¡la mano de la injusticia!” Ryan destrozó la figura de Psyshock, reduciéndola a pulpa. Luego levantó su puño cubierto de plastilina. “¡He sido irrespetado! ¡Humillado! ¡Sin paga!” Pero nunca rompido! Me llamaron loco, ¡pero les demostraré! ¡Les demostraré a todos! ¡Tomo toda Nueva Roma como rehén, hasta que Dynamis me pague el rescate que merezco! La suma escandalosa de uno—”

“El va a decirlo,” jadeó La Muñeca.

“¡Uno!”

Ryan guiñó un ojo a la cámara y a los numerosos seguidores que la observaban.

“¡Un millón de dólares!”

El tenso silencio fue roto por las risas de Livia y los sollozos de felicidad de La Muñeca. “Se atrevió,” dijo el androide. “Se atrevió.”

“Los idiotas lo arriesgan todo, así los reconoces,” respondió Sarin. “Jefe, ¿sabes que los dólares estadounidenses casi tienen el mismo valor que los sellos de colección hoy en día?”

“¿Querías que nos pagaran en pesos, quizás?” respondió Ryan con tono sardónico.

“Con eso, necesitarías todo México para pagar un millón de dólares,” afirmó Frank, escupiendo a uno de los enemigos más antiguos de Estados Unidos.

“De todas formas, la caballería ya viene en camino para salvarnos,” dijo Sarin mientras mostraba en la pantalla de su tableta a alguien transmitiendo en vivo a Wyvern volando por los cielos de Nueva Roma en forma humana, dirigiéndose directamente a Star Studios.

“¡No podrán silenciar la verdad!” exclamó el presidente en medio de una arenga frente a la cámara. “¡No nos rendiremos ante la intimidación—”

Bleep.

Ryan echó un vistazo a Eugène-Hen Henry, que había presionado el gran botón de la bomba y había iniciado la cuenta regresiva.

“Bueno.” El presidente miró de nuevo a la cámara, sonriendo tras su máscara. “Eso es todo, amigos.”